

2023 Funeral Hermana Bernarda, capuchina. 3 febrero

Efesios 1,3-5, Salmo 22 Juan 12, 23-28

HOMILÍA

1.- Somos un sueño y un fruto del amor eterno de Dios: Hacia 40 años que llevaba en el monasterio, y ahí en san Damián lleva 8 años de continuo dolor y enfermedad. Pobre, humilde, mujer de intensa oración, trabajadora; los últimos meses ya la enfermedad la tenía postrada en el lecho. Tiene 59 años. ¿Quién es esta mujer a la que el mismísimo papa Inocencio IV va a visitar en su lecho de muerte en agosto de 1253? Ha buscado siempre y por encima de todo seguir a Jesucristo en su pobreza y humildad, al estilo de Francisco. La han insistido en que cambiase su Regla, pero ella respondió “necesito ser absuelta de mis pecados, pero no en la obligación de seguir a Jesucristo”. El 11 de agosto de 1253 muere en San Damián. El mismo papa Inocencio IV preside su funeral

La leyenda clariana nos refiere “En su serena y confiada agonía, se le oyó decir, refiriéndose a sí misma: *«Ve segura, porque llevas buena escolta para el viaje. Ve, porque Aquel que te creó, te santificó, y, guardándote siempre, como la madre al hijo, te ha amado con amor tierno. Bendito seas, Señor, porque me creaste»* (Leyenda 46)”.

Todos debemos caer de rodillas y abrir el alma admirados y agradecidos: Señor, gracias porque me pensaste, gracias porque me creaste. Así lo reza parte del himno del Oficio:

Me pensaste desde siempre,
Señor de la eterna alba,
y me creaste en el tiempo
con amor, a tu hora exacta.
Gracias porque me pensaste;
porque me creaste, gracias.

Por mi vida, por mi muerte,
 por mi bienaventuranza,
 por ti mismo, por tu gloria
 conocida y ensalzada...
 ¡Gracias porque me pensaste!
 ¡Porque me creaste, gracias!

Mirando a nuestra hermana Bernarda decimos: “Gracias porque la pensaste, gracias porque la creaste, gracias porque nos las diste, gracias porque la has llevado... Mirádonos a nosotros mismos repitamos: **¡Gracias porque me pensaste! ¡Porque me creaste, gracias!**

2.- La vocación como llamada y como don excelso:

Nuestra hermana Bernarda falleció ayer, aquí. Aquí vivió y aquí nació para la vida eterna. Nosotros compartimos con ella la vocación cristiana: usted y yo, y todos somos bautizados. Y nuestra existencia, sea cual sea el estado u oficio que desempeñamos, la enmarcó san Pablo al escribir a los cristianos de Éfeso: en Jesucristo el Padre del cielo nos ha dado toda clase de bendiciones espirituales y celestiales. ***“ÉL nos eligió en Cristo, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables a sus ojos, por el amor, y determinó, porque así lo quiso, que, por medio de Jesucristo, fuéramos sus hijos”***.

¡Que hermosa es nuestra vocación cristiana!

Pero la hermana Bernarda, cristiana y mujer recibió la bendición de la *vocación contemplativa capuchina*. cuánto podría hablarnos de la historia de su vida, y de la historia del monasterio, de la historia de la Iglesia que quiere caminar como hermanos al encuentro con el Señor. ¿para qué bautizamos? ¿para qué entra una al monasterio? Es desconcertante y muy fuerte eso del monasterio hoy día para la gente del mundo y aun para cristianos y sacerdotes. Pero en el monasterio, y nuestra Hermana Bernarda nos hablan de la fidelidad **de Dios**.

Todo encaja: la Navidad y la muerte, las palmas victoriosas y la pasión ignominiosa, el entusiasmo y la virtud y la fragilidad y hasta el pecado, la profesión religiosa capuchina y la franciscana hermana muerte ... Tendremos que repasar de lo poco que sabemos la vida de nuestra hermana, y dejaremos en el misterio de Dios los por qué ¿por qué sufrió quedar huérfana de madre tan chica? ¿por qué tantos cambios? ¿por qué el miedo al futuro al pensar que la comunidad del monasterio se iba acabando? Jesús iba haciendo en ella su obra de salvación. y frente a nuestras flaquezas, acá en el muro el recordatorio de la fidelidad de Dios: **al que perseverare hasta el fin yo le daré la corona de la vida.**

Santa Clara escribió en su Testamento: "*Entre tantos beneficios como hemos recibido y estamos recibiendo cada día de la liberalidad de nuestro Padre de las misericordias, por los cuales debemos mayormente rendir acciones de gracias al mismo Señor de la gloria, uno de los mayores es el de nuestra vocación; y cuanto esta es más grande y más perfecta, tanto más deudoras le somos. Por lo cual dice el Apóstol: Reconoce tu vocación*" (2-4).

Santa Clara estaba convencida de que el amor mutuo edifica la comunidad y produce un crecimiento en la vocación; por eso, en su Testamento exhortaba: "*Y amándoos mutuamente en la caridad de Cristo, manifestad externamente, con vuestras obras, el amor que os tenéis internamente, a fin de que, estimuladas las hermanas con este ejemplo, crezcan continuamente en el amor de Dios y en la recíproca caridad*" (59-60).

Habéis vivido el amor futuro, habéis servido a Jesucristo en la hermana anciana y enferma. Que el señor bendiga a cada una de ustedes, y que bendiga al monasterio con nuevas vocaciones.

3.- El cielo, como promesa y meta:

Con el Evangelista vemos la muerte de Jesús como la hora de la siembra: el grano de trigo que cae a tierra y ha de fructificar. Es la hora de Jesús y es la hora de nuestra hermana Bernarda, porque Jesús afirma: *“el que quiera servirme, que me siga, para que donde Yo esté también este mi servidor”*. Y ora al Padre: *“Padre, quiero que donde Yo esté, estén también conmigo los que me has dado, para que contemplen mi gloria, la que me diste, porque me has amado desde antes de la creación del mundo”*. *“El que me sirve será honrado por mi Padre”*.

San Francisco miró la enfermedad y la muerte desde un ángulo bien concreto:

**«Lado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues por ti, Altísimo, coronados serán.**

Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal.
Lad y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad».

Sí, bienaventurados aquellos que sufren en paz la enfermedad y la tribulación porque el Altísimo los coronará de gloria. Pero a trechos la vida y el sufrimiento también en el monasterio son duros.

Santa Clara tiene un principio que guía y fortalece su vida. Nos pide, y pide especialmente a sus Hijas Clarisas, que la imitemos en ello. Se trata de mirar y mirarse en el espejo que es Cristo. Desde ese espejo se construirá la propia vida. Dice así:

Mírate cada día en este espejo, oh reina, esposa de Jesucristo,

Observa de continuo en él tu rostro,

Así podrás revestirte toda por dentro y por fuera de variedad de galas e ir adornándote de las flores y atavíos de todas las virtudes, como cumple a la hija y esposa del Rey supremo.

Mírate cada día en el espejo de la pobreza, la humildad y la caridad de Cristo,

y observa en Él tu rostro.

Si sufres con Cristo, reinarás con Él;

si con Él lloras, con Él gozarás;

si mueres con Él en la cruz de la tribulación

poseerás las moradas eternas

en el esplendor de los santos

y tu nombre, inscrito en el Libro de la Vida,

será glorioso entre los hombres.

Aunque anunciada y preparada ya por la edad y la enfermedad, la partida de una hermana duele y pena; a unas más que a otras. Recuerde siempre, que no está sola en su dolor. En el monasterio se sufre y se ríe juntas; en el monasterio usted reza por las hermanas y las hermanas rezan por usted.

Hermana Bernarda, tu cadáver será entregado a la tierra, tu alma la presentamos como ofrenda junto al pan y el vino. Expresamos nuestro deseo: queremos estar con Jesús, convierte este pan y este vino en el Cuerpo y la Sangre santos, presencia sacramental de Jesucristo. Queremos que nuestra hermana Bernarda esté siempre con el Señor. Purifícala y envuélvela en tu misericordia. Cúmplele su deseo de estar con Jesucristo. Estaremos siempre con el Señor, con la Virgen María, con los santos. Es nuestra promesa, es nuestra meta.